

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

La gran cosecha

Jesús contaba sus parábolas al aire libre. A veces en un momento de aglomeración entusiasta junto al lago, Jesús se subía a una barca, se distanciaba un poco de la orilla para crear un anfiteatro natural y hablaba del Reino y enseñaba a las multitudes y al mundo los secretos abiertos del pueblo de Dios.

El escenario es importante para captar el mensaje. Jesús habla a multitudes inocentes y sencillas, con entendimiento inmediato e impacto directo. Él quiere comunicar una idea clara y directa, para que aquella gente la capte en el acto, la entienda y se la lleve en su corazón a sus casas y a sus campos. Jesús quiere que su palabra les ayude a vivir mejor la vida y a recobrar la esperanza en una sociedad que siempre es penosa.

Para rescatar ese primer sentido, hemos de escuchar las parábolas como si fuera la primera vez que las escuchamos, mezclados entre la multitud a orillas del lago, olvidando por un momento todo lo que de ellas hemos leído, estudiado y meditado.

¿Qué entendió la buena gente que escuchaba sus palabras de hoy por primera vez? ¿Qué lección quedó sonando en sus oídos, vibrando en su corazón, grabada en su vida? Pensemos un instante.

Aquellos eran días difíciles para Jesús y su pequeño grupo de discípulos. Los fariseos habían desatado la oposición y habían prohibido la entrada en la sinagoga a aquel hombre que no la respetaba profanando el sábado con sus curaciones. Jesús se veía forzado a predicar al aire libre.

Eso era una amenaza para los discípulos, principiantes todavía en la fe. Algunos se apartaban ya de él. Se cernía una nube de duda y de temor sobre la “pequeña grey”.

No sabían a donde iría a parar todo aquello. No sabían si la incipiente Buena Nueva tendría éxito y sería aceptada, o si fracasaría y todo quedaría en la ilusión de unos pocos días sin fruto final.

En aquel momento, lo más importante para Jesús, que conocía los temores de sus discípulos y sentía sus dudas, era devolverles la esperanza, levantarles los ánimos, asegurarles el triunfo definitivo. Y a eso va la conocida parábola del sembrador.

Lo que queda grabado con claridad en la mente abierta de sus oyentes es que, a pesar de todas las dificultades - las piedras, las aves, las zarzas y las espinas - al final habrá una cosecha espléndida.

Treinta, sesenta, ciento por uno... son cifras enormes en los cálculos de un labrador. Y eso es lo que queda sonando en sus oídos cuando Jesús termina, y la gente sonríe, y la esperanza vuelve al corazón de los discípulos.

Jesús insiste: un grano de mostaza se hace árbol; un puñado de levadura hace fermentar a toda la masa. Que no les importe la pequeñez de ahora. En su experiencia de labradores, saben que la semilla padece un periodo de muerte oculta, de oscuridad, de prueba. Pero esa misma semilla, cuando llega su tiempo, rompe terrenos y aparta piedras y evita zarzas y crece triunfante, con ímpetu arrollador que cubre de oro los campos, y los rostros de los campesinos de alegría. ¡La gran cosecha! Créanme y esperen.

Jesús confirma en parábola el mensaje esencial que había comunicado en frase directa: la abundancia de vida que él ha venido a traer al mundo y que se irá realizando, en cada caso a su manera y a su tiempo, pero siempre con la seguridad infalible de la palabra y la presencia que en promesa la ha hecho ya realidad en nuestra vida.

No se trata de triunfalismo barato, sino de fe sincera. No son sueños futuros, sino realidad presente. No son resultados espectaculares, sino vivencias íntimas. Aquí está Cristo, y su semilla y su promesa y su plenitud de vida, que ya es nuestra en la fe para siempre. ¡Que se alegren los campos de Galilea con la cosecha grande!